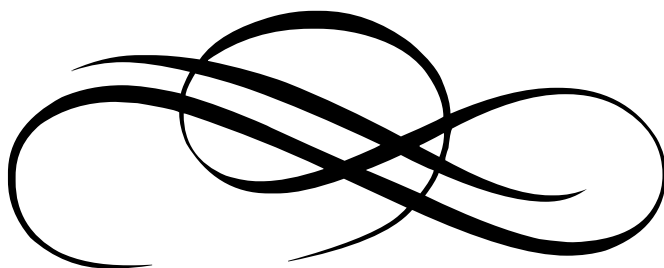


LEER, PENSAR, SABER



PUNTOROJO
libros

Leer, pensar, saber

Juan Estrada Segura

Editado y producido por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16722-70-9

Maquetación y diseño:
© 2016 Juan Estrada Segura
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

JUAN ESTRADA SEGURA

LEER, PENSAR, SABER

Para Isabel María, Juan y José Tomás

Índice

Prólogo	13
Capítulo I: Dios	15
Capítulo II: La felicidad	35
Capítulo III: La libertad	67
Capítulo IV: La filosofía, elemento depresógeno	75
Capítulo V: Sobre el amor	97
Capítulo VI: Lo absoluto	109
Capítulo VII: ¿Qué es un intelectuaL?	133
Capítulo VIII: La educación y la enseñanza	143
Capítulo IX: La cultura	159
Segunda Parte: La enseñanza de la filosofía en el bachillerato	205
Introducción.....	205
La clase de filosofía en bachillerato: estructura y función	207
Introducción.....	207
Hacer Filosofía en la clase	209
Encuesta	215
Epílogo	219
Bibliografía utilizada.....	221

Si somos activos y producimos algo, es completamente insuficiente limitarse a elaborarlo en nuestra mente: aunque se trata de una etapa muy importante, resulta insuficiente. Hemos de escribir nuestras ideas y, al escribirlas, hallamos típicamente problemas que antes habíamos pasado por alto y sobre los que luego podemos reflexionar.

(Karl R. Popper y John C. Eccles: "El yo y su cerebro")

La primera obligación de los jóvenes es la misma que tienen los más adultos y hasta los viejos...: aprender.

(Fernando Savater: "Política para Amador")

Prólogo

Repasando papelotes que con los años se han ido acumulando, encontré con cuatro cuadernos, que recogen mis reflexiones, que cronológicamente van desde el 13 de enero de 1992 hasta el 12 de enero de 2004. Son ocurrencias que escribí al final de los días en que había tenido alguna. No abarcan todos los días del calendario y fueron escritas con una libertad absoluta porque nunca pensé en darlas a la estampa. Ahora quisiera darles forma y estructura aunque internamente ya la tienen. Son expresiones de mi oficio y condición: La Filosofía; ese es el hilo conductor de todo lo escrito; naturalmente se trata, nunca mejor dicho, de una filosofía “de andar por casa”. Son pensamientos y reflexiones hechas por mí y para mí y, por ello, son, en realidad, gritos, lamentos, alegrías, depresiones... los muchos estados de ánimo por los que puede pasar una persona un si es no sensible, en suma. Lejos estos *sentires* de la filosofía académica y, en todo caso, ellos se acuestan más del lado de la poesía que del de la filosofía. Son desahogos del alma; imperfectos, marrulleros pero que sirven para drenar el ánimo tras la jornada vivida.

Como se verá, si bien algunos de los escritos tienen la catadura de artículos de periódico, otros —los menos— son casi pequeños ensayos. Para que la anarquía formal sea mayor, hay también aforismos, poemillas de tres al cuarto y citas de minervas preclaras. Todo vale en este batiburrillo que, como conjunto, ha salido de improviso y que es como un batido con muchos ingredientes, de cuyo sabor final no estoy muy seguro, por lo que, curándome en salud, pido perdón al respetable lector.

Sevilla, diciembre de 2014

Capítulo I: DIOS

*Nadie que tenga creencias religiosas
alcanza la filosofía. No la necesita.*

(Schopenhauer)

1.01. Hombre y Dios. La Mística

Hace algún tiempo los parabrisas traseros de ciertos coches llevaban una pegatina con la siguiente leyenda: “Sonríe, Dios te ama” Yo creo que si fuésemos plenamente conscientes de lo que implica tal afirmación, llegaríamos a otra conclusión más radical, aún. Es decir, si penetrásemos en el significado de las siguientes asertos que están implícitos en ella : primero, *Dios existe*; segundo, *Dios es lo Absoluto*; además *Dios es persona en cuanto me ama a mí, que lo soy*; por otra parte, *ese amor de Dios no se dirige a la humanidad, a la especie humana entera, sino a mí*; y por último, *ese amor no exige contrapartida: no me ama porque sea bueno, o listo, o guapo o agradecido, sino que me ama porque soy, porque soy una criatura suya, a la que crea y ama*. Si penetrásemos, digo, en el sentido de estas consideraciones, no es que sonreiríamos —de alegría, se entiende— sino que daríamos saltos de gozo, aullidos de placer, nos volveríamos como locos, en una palabra. Dios me quiere a mí, ¿nos damos cuenta de lo que eso significa? Dios, el ser Absoluto, tiene hacia mí gratuitamente un amor absoluto. ¡Ah!, y sin embargo vamos por la vida tan campantes, tranquilos, con el pertrecho de nuestras grandes o pequeñas miserias. Yo no encuentro otra explicación a este tremendo misterio sino el que no tenemos la suficiente fe. Si no vivenciamos el amor de Dios es porque falla alguna, o varias, o todas, de las premisas que he señalado antes.

Los únicos que han vivido en parte este fenómeno han sido los místicos. Ellos, en determinadas situaciones, han experimentado el amor de Dios de tal manera que han entrado en éxtasis y se han visto inmersos en lo inefable. Por eso, o bien hablan metafóricamente, o bien balbucean un no sé qué lenguaje cuasi infantil, medio ininteligible, o bien, finalmente, se expresan con la más hermosa de las palabras: el silencio.

Que los místicos, en cuanto tales, se ponen al margen de la razón y de la lógica, es cosa bien sabida. San Juan de la Cruz balbucea al no encontrar la palabra (Logos) adecuada. En sus escritos abundan las expresiones ilógicas, contradictorias, como “vivo sin vivir en mí”, en puridad una frase sin sentido; y también aquella de “muero porque no muero”, que, tomada literalmente, es una contradicción *in adjecto*: si muero porque no muero, no muero porque muero. En fin, nada tiene esto de extraño porque el misticismo se mueve en el ámbito de lo inefable, de lo a—racional. Al fin y a la postre, la inteligencia es sólo una herramienta muy útil con la que la naturaleza, en su evolución, ha dotado al hombre para que sobreviva; su valor es meramente instrumental, aunque el hombre, en ocasiones, puede obtener otros logros con ella mil veces más excelsos, aunque, eso sí, “adulterando” su naturaleza.

Lo demás, la religión de la media hora de misa dominical, es pura rutina y superficialidad, que el sociólogo más lego no dudaría en atribuir a la adopción de un mero uso social, algo advenedizo y empastado cuyo origen es, a mi parecer, de carácter biológico: la religiosidad como mero uso social se extiende porque tiene valor de supervivencia, en cuanto aglutina los miembros del grupo en torno a unos valores compartidos. El misticismo no puede ser —no es— integral. Si lo fuera —o en la medida en que lo sea, incapacitaría al hombre para la acción, para la búsqueda, para la satisfacción de la innata curiosidad. Por eso San Juan de la Cruz, entre arrebatos y arrebatos de misticismo, fundaba conventos; y Santa Teresa de Ávila, tras los éxtasis afirmaba que Dios también estaba entre los pucheros. A este respecto, y como de pasada, hemos de contraponer la afirmación de San Agustín de que “*in interiore homine habitat veritas*”), afirmación con la cual estoy de acuerdo plenamente. La vía de acceso a Dios es la interioridad, no la naturaleza. La tierra, el sol, las plantas, pueden ser bellos, pero son estúpidos; una piedra nunca dice nada al respecto. Es un ente amazotado e inexpressivo: estúpido. Por eso para mí no tiene sentido la conocida expresión: “llenos están el cielo y la tierra de tu gloria”, que se

usa en el canon de la misa. Por mucho que impresionara a Kant el cielo estrellado sobre su cabeza, a mí el mundo estelar o el ámbito de lo terreno no me dicen absolutamente nada acerca de Dios. A Él accedo por la necesidad que siento de Él en mí, en mi interior, al vivenciar mi incompletitud, mi contingencia, mi nadería. Sin Él soy una cosa sin sentido, y esto me resulta intolerable.

Dicho lo anterior, consideremos lo que sigue: si el auténtico hombre de fe es el místico, y éste es esencialmente un contemplativo, la perspectiva religiosa es opuesta a la concepción fáustica del mundo. Si la fe es contemplación, la acción sobra porque entorpece. El hombre de fe, absorto en Dios, vive ajeno a los problemas del mundo. Ya lo decía San Juan de la Cruz: “el rostro recliné sobre el Amado/dejando mi cuidado/entre las azucenas olvidado” El místico, el hombre de Dios, volcado en El, olvida sus “cuidados”, sus preocupaciones. Es como el niño pequeño que vive en, para y por la madre, ajeno al resto del mundo, cobijado y confiado en ella. O como el verdadero amante, que todo lo abandona, olvida y posterga porque el amado es todo para él.

El espíritu fáustico, por el contrario, nos hace meternos vitalmente en el mundo, interesarnos por él, descubrir sus distintas facetas y recovecos. El hombre fáustico es el hombre curioso y admirativo, en el sentido en que Aristóteles decía “todo hombre tiende por naturaleza a saber” El asombro y la curiosidad es el origen de la filosofía y, por tanto, de la ciencia.

¿Es posible cohonestar el ansia de Dios y el afán por el mundo? “No se puede servir a dos señores”, dijo el Cristo. No parece posible que se pueden compaginar ambas actitudes. Ambas son absorbentes y difícilmente se conformarán con una atención a tiempo parcial. So pena de incurrir en una especie de esquizofrenia práctica podríamos ser “mundanos” los días laborables de la semana y hombres de Dios el domingo. Pero aquí hay que jugar a “todo o nada” Va de suyo que me estoy refiriendo a las actitudes vitales profundas, pues aparentemente el hombre de fe se dedica también a actividades del día a día, ¡ay!, pero sólo aparentemente: si lo es tal, sus coordenadas vitales, su impulso profundo y básico tiene que ser Dios, lo Absoluto. Todo lo tiene que contemplar *sub specie aeternitatis*.

1.02. Dios y el mundo

Alguien ha dicho que, independientemente de que Dios exista o no, lo que de verdad importa es que las cosas ocurren como si El no existiera. Dejando aparte el caso de los milagros, me parece que es una afirmación correcta. Las cosas, los fenómenos mundanos, ocurren aparentemente sin tener que apelar a Dios. Desde el movimiento de los astros hasta los fenómenos de la física subatómica, todos los fenómenos actúan conforme a sus propias leyes, y nada más. Ya lo decía Laplace en su explicación de los movimientos de la Tierra: “Dios es una hipótesis que no necesito” (1)

Los sucesos ocurren según sus propias pautas y no hay por qué implicar a Dios en el trajín de la naturaleza. La evolución de las especies se lleva a cabo según la teoría neodarwinista (o según la que en el futuro la sustituya, mejorándola) (2) Pero esto no sólo ocurre en el ámbito de la naturaleza, sino también el cultural. Pensemos, por ejemplo, en el sistema para regular la circulación de vehículos en una gran ciudad. Éste, utilizando señales estáticas, móviles o luminosas, reguladas por ordenador, procura y consigue la mayor fluidez y seguridad en el tráfico; y mezclar a Dios en ello sería risible. Pues así en todo lo similar.

Lo que ocurre es que por mor de un enorme *quid pro quo* cometido por Tomás de Aquino en su intelección del sentido de Dios en Aristóteles, se introdujo en la Teología un enorme desvío. Dios, para el estagirita, era un elemento más del entramado de su Física: el primer motor inmóvil; y Santo Tomás tomó este elemento físico y lo introdujo, como acabamos de decir, en la Teología, siendo así que tal primer motor inmóvil aristotélico era algo así como un motor fuera borda del mundo cerrado y limitado. En virtud de tal error en la comprensión de Dios y el Mundo, la naturaleza y Dios se relacionaban ópticamente: Dios se expresaba en la naturaleza, y el hombre, contemplándola adecuadamente, podía ascender desde ella hacia Dios. Sobre este supuesto el aquinate estableció sus famosas cinco vías para demostrar la existencia de Dios; pero reparemos en que las llamó “vías”, no “demostraciones” (3)

Pero yo no creo que esto sea así. La naturaleza se rige por sus propias leyes, cuyo descubrimiento y estudio siempre nos mantienen *dentro* de ella y nunca nos llevarán a Dios.

1.03. Mundo y religión: jesuitismo

Una de las instituciones en que se da la confusión de los planos divino y humano es la Compañía de Jesús, fundada, como se sabe, por San Ignacio de Loyola. Los jesuitas, que antaño constituyeron el bastión más conservador de la Iglesia Católica, se han ido deslizando hacia posiciones básicamente humanistas. ¿Cómo se ha producido esto? A mi entender con una intención recta pero equivocada. Se pensó que para la procura de la salvación del hombre había que introducirse en sus afanes, ilusiones, oficios y actividades, para que así, viendo a la Iglesia como una institución que se preocupa de sus problemas reales de las personas, se acercasen, a su través, a Dios y lograsen la salvación eterna.

En realidad se trata de una táctica combativa (4) que aspira a contrarrestar la incidencia del marxismo, en sus varias versiones políticas, en la sociedad de los últimos setenta años. Se dilucida, en definitiva, quién conquista el mundo y los hombres, si el socialismo para la revolución o la Iglesia para Dios. Pero se trata, a mi entender, de una táctica equivocada que lo único que ha logrado ha sido desvirtuar el mensaje del cristianismo y la naturaleza de la Iglesia. Y así tenemos a muchos jesuitas, tantos que son los que dan la impronta pública de la Compañía de Jesús en el presente, que son sociólogos, psicólogos, orientalistas, astrónomos, bioquímicos, economistas... y hasta animadores de la revolución político—social. Son de todo... menos sacerdotes. Yo estoy de acuerdo en que la sociedad necesita todas esas profesiones y actividades, pero ellas las tienen que ejercer los cristianos de a pie, los laicos, o el hombre de la calle, si se quiere, pero no un cura. Los sacerdotes, como miembros cualificados de la Iglesia, no tienen otra misión que la de ésta; es decir, impartir los sacramentos y predicar la palabra de Dios. Y si un jesuita, en este caso, por la vivencia profunda de una situación social injusta, por ejemplo, quiere actuar en una labor de promoción social —cosa loable— abandone entonces su ministerio sagrado, cuelgue los hábitos (aunque ya no llevan ni hábitos ni distintivos clericales —sotana— ni siquiera alzacuellos. Sólo corbata) y que se haga asistente social o guerrillero, pero ya no como sacerdote. El cura, como su nombre indica, sólo debe buscar la “cura” (cuidado) de las almas para su salvación. Todo lo que sea ir más allá es sacar los pies del tiesto. Ocurre igual, *mutatis mutandis*, que cuando un religioso se enamora de una mujer. ¿Habría algo más natural que esto? Pero

en cuanto cura no puede casarse con ella, según la disciplina actual de la Iglesia. Secularícese en buena hora y funde una familia. Pero que no quiera ser sacerdote y tener mujer simultáneamente.

En uno de los últimos números de la revista “Razón y Fe”, aparecen, entre otros, artículos firmados por jesuitas (S.J.), con los siguientes títulos: “La reunificación de Alemania”, “El problema de los incendios forestales” Y bien ¿qué tienen que ver estos asuntos, importantes en sí, con la fe o la moral católicas? Pues en esto es en lo que se ocupan algunos jesuitas.

Esto que decimos de la Compañía de Jesús, en los tiempos actuales, no es sino, a mi entender, una confusión de planos y una falta de respeto a la autonomía del mundo. La cuestión de la reunificación de Alemania en su día y los incendios forestales siempre presentes, y otros temas similares, han de ser tratados, planteados, estudiados y resueltos con recursos puramente humanos, cual es la inteligencia en sus aplicaciones prácticas y tecnológicas, sin que el ámbito de la fe ni de lo religioso en general, tengan que decir aquí ni la más mínima palabra. Los problemas humanos hay que resolverlos con recursos humanos. Uno es el ámbito material, el de la naturaleza, que se rige por leyes físico-matemáticas, y por esta senda hay que tratarlo, y otro el mundo interior del hombre, su alma y su espíritu. Este es el lugar propio de la búsqueda, del encuentro, del amor a Dios, de la religión, como re-ligación, de lo divino. Pretender traspasar este ámbito, llevando a Dios como remedio de los problemas humano-materiales, naturales o sociales ha sido la gran tentación y el gran error histórico de la Iglesia Católica. Y todavía se persiste en él. No a Tomás de Aquino y sí a Agustín de Hipona: *In interiore homine habitat veritas*.

Ayer (11-2-1992) murió en Madrid el Padre Llanos, de la Compañía de Jesús, sacerdote y comunista. Los medios de comunicación —supongo que no todos— no han hecho sino enaltecerlo, y casi proponerlo como epítome o paradigma del hombre de fe, comprometido con los problemas de su tiempo, por su acción en el barrio suburbial de Madrid El Pozo del Tío Raimundo y por su militancia comunista. A mí, su caso, me parece una contradicción y un sinsentido absolutos. ¿Cómo se puede ser sacerdote católico y comunista? Todo católico se asienta en su fe, que implica necesariamente la admisión de una realidad diferente de la material, una realidad espiritual, superior, eterna. Este es el ámbito del alma, de Dios, de la vida eterna, etc. El comunismo tiene como fundamento ideológico el marxismo, que es una filosofía esencialmente materialista. Para ella lo

mental, lo espiritual, lo cultural no son sino meros epifenómenos de lo material, una manifestación o apariencia de la única realidad: la materia. ¿De qué modo se pueden cohonestar ambas concepciones del mundo? A mi entender, de ninguno. Un cura comunista es, en pura teoría, tan posible como un círculo cuadrado.

Admito y respeto la buena intención del fallecido. Pero ello no hace sino confirmarme en la convicción de que en nuestro mundo, y en gran parte de la Iglesia, reinan el despiste y la desorientación. En la Iglesia, en general, y en la Compañía de Jesús, en particular. Repito lo dicho anteriormente: si el padre Llanos quería dedicar su vida a los pobres a través de su militancia comunista, lo propio es que se hubiese salido de la Iglesia (y no sólo del sacerdocio) Y, por otra parte ¿por qué luchar a favor de los desposeídos implica la militancia en el partido comunista? Esto no sólo no es así sino que es aproximadamente lo contrario. La Historia reciente lo ha demostrado plenamente. El problema de la pobreza, como todos los problemas humanos, hay que resolverlos con la razón y buena voluntad, instrumentos ambos específicamente humanos, dejando al margen creencias, cristianas o marxistas. El problema de la pobreza, pues, han de resolverlo políticos inteligentes, enérgicos y honestos.

1.04. La “comodidad” de la religión

El problema de la religión (¿El problema de Dios?) es que anula al hombre. El creyente tiene todos los problemas básicos resueltos: sabe quién lo creó y por qué está en el mundo, cuál es el sentido de su existencia, la muerte no es para él, no digo un misterio, ni un problema: es sencillamente el tránsito hacia otra vida mejor, sabe lo que debe hacer y lo que debe evitar. De la misma manera que un punto en un plano queda perfectamente definido por sus coordenadas, el hombre, en esta especie de plano cartesiano que es la religión, está vitalmente ubicado. La práctica de los deberes religiosos puede ser dura, puede exigir abnegación e incluso sacrificio. Pero ¿qué supone todo ello con respecto a la enorme tranquilidad que le da tener respuesta a los problemas capitales de la existencia!

Además, el cañamazo de su existencia le es dado totalmente; él sólo tiene que implementarlo. Es como los dibujos que utilizan los párvulos en el colegio: el tal dibujo ya está hecho en el papel; ellos sólo tienen que

colorearlo. Pero aunque se salgan de la línea, si es sin mala intención, la maestra no le riñe.

Por eso han dicho tantos que la religión y la filosofía son incompatibles. Creo que es verdad. El filósofo es el aventurero del pensamiento y el funámbulo de la acción. En su aventura intelectual parte de cero, su investigación es radical, en nada se apoya. Así emprende su camino, sin conocer la meta ni las rutas que a ella le llevarían. Sólo aspira a conocer lo que es o, lo que es peor, ¡a saber si hay algo que saber! Su aventura es a campo abierto, sin brújula, sin estrellas que lo guíen. Avanza impulsado solamente por una cierta fuerza interior irresistible. Eso es todo. En cuanto a su conducta, no hay reglas, normas, consejos o directores espirituales. Él solo es el artífice de su propia vida. Sólo tiene “el amigo que siempre va en él”, que dice Antonio Machado; es decir, su capacidad reflexiva, su inteligencia, su temple, su ánimo, su yo... él mismo, solo.

Las ventajas del hombre religioso con respecto al que no lo es son enormes. Es la ventaja del buen burgués, arrellanado en su cálido sillón, al calor del hogar, en relación con el aventurero, que camina en medio de la ventisca de nieve por el campo inhóspito, negro como la boca de un lobo y sin nada que le sirva para orientarse porque, a lo peor, no hay nada donde guarecerse.

¿Qué ser: burgués o aventurero? Hay quien decide pronto y sin dudar. Otros, entre los que me encuentro, nos sentimos dubitativos y, por tanto, interiormente desgarrados.

1.05. Meditación

Centro de una gran ciudad. Hacia las dos de la tarde: ruido ensordecedor, tráfico infernal, multitud de gente, luz cegadora, quizá, obras en las aceras, autobuses monstruosos en el asfalto, manadas de turistas por doquier... “En esta situación es imposible creer en Dios”, dije para mis adentros. Mentalmente me sonreí de mi propia *boutade*, que me salió espontánea, impremeditadamente. Luego, al volver sobre ello, vi que ahí había algo de lógica. En Dios, o en lo santo o en lo trascendente sólo es posible pensar o sentir —vivenciar—, en unas circunstancias calmas, que propicien el recogimiento y la introspección —*in interiore anima habitat veritas*—, como es la soledad de la naturaleza o, mejor aún, la quietud y el